

“Se ha dicho ya solemnemente que la guerra está declarada : hoy no hay más que una opinion ; hoy no hay más que un deseo ; á un solo impulso latén nuestros corazones : al de vengar las ofensas sufridas , y al de engrandecer la memoria del nombre español , que tan alta historia tiene en todas las guerras que hemos sostenido con la morisma y con otros enemigos extranjeros. . . . .

“La prensa y los hombres todos de oposicion á este y á cualquier Gobierno que pueda sucederle no amenguarán en nada , no tratarán de disminuir en un ápice las glorias que con sus armas conquistó el ejército , ni las que con sus acertadas medidas alcance el Gobierno de S. M. : muy al contrario , los hombres políticos aplaudirán gozosos sus hechos ; porque los triunfos que allí se conquisten son los triunfos de la España entera ; son los triunfos de la monarquía constitucional ; son los triunfos de la civilizacion , que va á decir , acaso justamente , que el África empieza en los Pirineos ; porque acaso dentro de poco podamos decir que los españoles son dueños del territorio africano , conquistado por el valor y el derecho.....”

El Sr. Gonzalez Bravo , á pesar de su talento acomodaticio á todas las ideas y á todas las circunstancias , pronunció un discurso frio , como su carácter , pero abundando en el mismo espíritu de union para combatir á la morisma , y concluyó expresando el deseo de que , en la eleccion de militares destinados á ejercer mando durante esta guerra nacional , no hubiera exclusiones ni preferencias de color político.

El Sr. Olózaga se levantó en seguida , visiblemente conmovido , y dijo :

“Se ha anunciado un discurso mio : yo no puedo hacerlo , señores : hoy no es dia de discursos : hoy es dia de sentir la indignacion que causa el ver á un bárbaro y obcecado gobierno negarnos las satisfacciones que podemos tomarnos por nuestra mano ; es dia de sentir el entusiasmo que esto despierta en el pueblo español ; es dia de sentir la alegría que causa el vernos unidos , y estos sentimientos elevan el alma á tal altura , que desde ella no podemos percibir las hondas divisiones que han existido , y que aun volverán á existir entre nosotros ; es dia de sentir el placer inmenso de que seamos todos españoles , y nada más que españoles , concordando los buenos tiempos de la antigua monarquía con los de la monarquía constitucional , llevando la gloria de nuestras armas al territorio de Africa , donde tanta alcanzamos en otra época , y donde hace siglos que nos está esperando.

“Dia vendrá , señores , en que discutamos ; dia vendrá en que examinemos la cuenta documentada , que nos ha indicado el Gobierno <sup>1</sup> , anticipándose , excedién-

<sup>1</sup> Alusion al pago de la deuda inglesa.

dose acaso de lo que debia hacer , y yo le aplaudo por ello ; el dia en que venga á darnos las razones , que no pueden menos de ser muy poderosas , que le han decidido á tomar la gran resolucion que ha tomado.

“Hoy es dia de dar todo vuestro apoyo al Gobierno....; es dia , para nosotros en particular , de lamentar que los que han suscrito esa proposicion y la presentaron aquí , por la premura del tiempo sin duda , nó nos hayan pedido las firmas que les habríamos ofrecido. Es dia de que digamos nosotros, adversarios políticos del señor Presidente del Consejo de Ministros , que ni sus mejores amigos particulares, ni políticos , ni de familia , nadie le verá con más placer que nosotros llevar la honra de España al Africa , y volver de allí triunfante. . . . .

“Seamos , pues , generosos; hagamos cuantos sacrificios haya que hacer para que el Gobierno que ha tomado esa resolucion , y para que el valiente ejército que la llevará á cabo, vean cuales son los deseos del pueblo español y de sus representantes , y vea la Europa en el entusiasmo nacional , y en el aspecto que presenta en este momento el Congreso de diputados , revivir todo el espíritu pátrio de que es capaz la nacion española.”

El desaliño de estas frases , en boca de un orador tan elocuente como Olózaga , revela más que nada cual era el estado de los ánimos en aquellos momentos. La asamblea de los representantes de la nacion no pensaba ; sentia : era el corazon de la patria latiendo con vehemencia y enviando hasta las más remotas extremidades las vibraciones de su entusiasmo. Allí no habia partidos , no habia discordancia de pareceres , no habia más que una comun aspiracion , expresada por el nutrido y ronco grito de ¡Viva España! que brotó de todos los labios , luego que el Presidente del Consejo hubo pronunciado algunas palabras.

El sentimiento , esa gran fuerza expansiva , poderoso móvil , así de los más heroicos hechos que ennoblecen nuestra Historia , como de nuestros mayores extravíos , conmovió en breve á la nacion entera ; y desde las clases y personas más elevadas hasta las más humildes , todas se mostraron poseidas de un entusiasmo ardiente y de una decision sin límites. La Reina dió el ejemplo del desprendimiento propio en tales casos de las almas españolas , ofreciendo sus joyas y el importe de una anualidad de su asignacion , para ayudar á los gastos de la guerra. La diputacion de la Grandeza , en nombre de esta distinguida clase , puso á los piés del trono para el mismo objeto , las vidas y haciendas de sus miembros. Muchos obispos cedieron grandes cantidades en metálico , y el clero catedral y parroquial contribuyó

con parte de sus respectivas dotaciones. Los Duques de Montpensier entregaron al Capitan general de Andalucía tres cajas de hilas, preparadas por la señora Infanta y sus hijas. El Tribunal especial de las órdenes militares hizo al Gobierno un donativo de cinco mil duros. El capitalista señor Manzanedo prestó sin interés dos millones de reales al Tesoro. El *Círculo malagueño* entregó al Conde de Almina dos mil duros para los gastos de la guerra.—Las Diputaciones provinciales compitieron entre sí en generosidad, ofreciendo donativos en especie ó en víveres y pertrechos, acémilas y caballos, y acordando premios para los que se inutilizáran en campaña, y para los padres de los que murieran peleando por la patria.—Las provincias catalanas y las vascongadas se distinguieron formando tercios de voluntarios á su costa, y enviándolos á la guerra. Barcelona en particular, aparte de este y otros sacrificios, hizo el de ofrecer un hospital de sangre completo, cuyo coste se calculó en cuarenta mil duros.—La Sociedad de Socorros mútuos de Mahon, compuesta en su mayor parte de artesanos, dió cuatro mil varas de lienzo para vendajes, y las señoras de aquella ciudad entregaron más de veinticinco arrobas de hilas.—Los catedráticos de la Universidad central abrieron entre sí una suscripcion para regalar una medalla de oro con las armas del Claustro al primer militar que plantase el pabellon de Castilla en una ciudad de Africa, y para premiar el valor de los jóvenes que, perteneciendo al ejército expedicionario, seguian carreras literarias, obligándose además á costear los grados á cierto número de ellos. El Director del Instituto de San Isidro de Madrid imitó este noble ejemplo; y los estudiantes de la Central y los de la Universidad de Sevilla dieron tambien muestras de sus sentimientos generosos, abriendo los unos una suscripcion para socorrer á las familias pobres de los primeros soldados que muriesen peleando por la patria, y entregando los otros, con destino á la guerra, las cantidades que habian recaudado para erigir un monumento á la memoria de D. Alberto Lista, sin perjuicio de llevar á cabo más adelante este pensamiento.—La Universidad de Barcelona hizo tambien generosos donativos y ofreció un estandarte para el primer batallon de voluntarios catalanes que marchase al África. Las demás universidades é institutos provinciales dieron asimismo espontáneas muestras de amor al país, único sentimiento que embargaba todos los ánimos. Abrióse, por último, una suscripcion nacional con objeto de aliviar la suerte de los inutilizados, los huérfanos y las viudas, y á este llamamiento no solo respondieron cuantos podian en la Peninsula, sino tambien los españoles residentes en remotos paises al otro lado de los mares. Hubo, en fin,

muchos soldados cumplidos, que se negaron á recibir sus licencias absolutas, renunciando generosamente al premio del reenganche, y considerable número de paisanos que sentaron plaza en el Ejército sin retribucion alguna. Esto solo bastaria para demostrar el ardimiento con que nuestra nacion se lanzaba á la guerra contra los bárbaros africanos.

#### IV.

Aunque solamente la Inglaterra se habia manifestado resuelta á mantener la integridad del imperio marroquí, las demás naciones de Europa, y en particular la Francia, no dejaban de interesarse en nuestra empresa, recelando tal vez que el éxito de las operaciones militares nos condujese á dominar exclusivamente en el Estrecho de Gibraltar. Por de pronto permanecian todas en una actitud espectante; pero seguramente, si la prudencia nos hubiese faltado en medio del ardor de la victoria, nos habríamos visto envueltos en un conflicto de incalculables consecuencias, para el cual no estaba España en modo alguno preparada.

Las fuerzas de que podíamos disponer, al declarar la guerra á Marruecos, no excedian, segun los datos oficiales, de 150,000 hombres de todas armas, con 10,500 caballos y 170 cañones, en la Península, islas adyacentes y posesiones de Africa <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Hé aquí el resumen clasificado de las fuerzas efectivas que tenía España entonces, segun los cuadros procedentes del Ministerio de la Guerra, insertos en el *Anuario estadístico* de 1859 y 1860.

ARMAS.	JEFES.	OFICIALES.	TROPA.	TOTAL.	CABALLOS Y MULOS.
Infantería. . . . .	278.	2,647.	57,258	60,183	»
Artillería. . . . .	44.	369.	9,486	9,899	1,949.
Ingenieros. . . . .	8.	72.	2,288	2,368	»
Caballería. . . . .	107.	829.	10,904	11,840	8,275.
Provinciales. . . . .	173.	1,510.	43,243	44,926	»
Carabineros. . . . .	43.	470.	11,549	12,062	800.
Guardia Civil. . . . .	24.	401.	9,965	10,390	1,315.
<b>Totales. . . . .</b>	<b>677.</b>	<b>6,298.</b>	<b>144,693</b>	<b>151,668</b>	<b>12,339.</b>

Aparte de esto habia:

	HOMBRES.	CABALLOS.	CAÑONES.
En Cuba. . . . .	28,570.	3,250.	30
En Puerto-Rico. . . . .	9,460.	»	»
En Filipinas. . . . .	10,320.	220.	8
En Fernando Póo. . . . .	150.		
	<b>48,500.</b>	<b>3,470.</b>	<b>38.</b>

La Marina de guerra constaba de 86 buques de todas clases y dimensiones, muchos de ellos de vela y vapores de ruedas, con 834 cañones, 8,651 caballos de fuerza motriz, 7,368 hombres de tripulación y 1,708 de guarnición. Existían además en las aguas de la Península 24 faluchos de segunda clase, 61 escampavias y 6 lanchas, destinados al servicio del resguardo marítimo, y algunas embarcaciones sutiles en Filipinas. Verdad es que en nuestros arsenales se trabajaba con actividad extraordinaria, estando en construcción 4 fragatas y 7 goletas de hélice, capaces para montar en conjunto 181 cañones, y dispuestas para recibir 2,540 caballos de vapor; verdad es que en los parques de artillería no se daba un momento de reposo, y que teníamos de reserva 83,000 matriculados de mar, y el pueblo entero decidido á la lucha, no pudiendo faltarle directores y caudillos; pues había en España 8 capitanes generales, 73 tenientes generales, 174 mariscales de campo y 419 brigadieres; pero sabido es que no se improvisan los ejércitos ni los buques con la misma facilidad que las fajas y los entorchados, y por consiguiente, debíamos ser cautos á fin de no meternos en serias complicaciones. De aquí resultó que la campaña de Africa, emprendida con tanto arrojo y entusiasmo, y llevada á cabo con tanta gloria, no correspondiese en último extremo á las esperanzas ó ilusiones del país.

Ya estaba solemnemente declarada la guerra, y aun faltaba mucho para completar los preparativos de la expedición. Habíase pensado en atacar á Tánger, llevando á esta plaza un cuerpo de desembarco; pero desde luego se tropezó con la insuficiencia de nuestros recursos marítimos, aumentada con las dificultades, á veces invencibles, que presentan las costas de Marruecos, la violencia de las corrientes y la inconstancia de los vientos en el Estrecho: fué, pues, preciso desistir de esta primera idea, y elegir á Ceuta como base de las operaciones. Aun así, para el transporte de tropas, víveres, municiones y pertrechos, hubo necesidad de fletar varios vapores franceses é italianos.

El primer cuerpo de ejército, que se hallaba en Algeciras y pueblos inmediatos, á las órdenes del general Echagüe, se componía de dos regimientos de línea, Rey y Borbon, siete batallones de cazadores, un escuadrón de húsares, cuatro compañías de ingenieros, veinticuatro piezas de artillería de montaña y una sección de Guardia civil, formando un total de 10,000 hombres próximamente. La vanguardia de este primer cuerpo estaba ya en Ceuta, y el grueso de la fuerza esperaba órdenes para embarcarse.

Simultáneamente se mandó concentrar otros dos cuerpos, fuertes de once á doce

mil hombres cada uno, en Cádiz y Málaga; el segundo al mando del teniente general D. Juan Zavala, y el tercero al del de igual graduacion D. Antonio Ros de Olano.

Nada se habia dicho, entre tanto, al general PRIM: el iniciador de la guerra de Africa, ó por mejor decir, el que primero levantó la voz en el Senado español, reclamando el castigo de los insultos que las hordas marroquíes inferian impunemente á nuestro pabellon, y el que cuatro años antes habia pasado el mar y montado á caballo para enfrenar la osadía de las kabilas de Melilla, quedaba arrinconado ahora, sin que nadie pensase en él siquiera para confiarle el mando de una brigada. ¿Podia ser efecto de un olvido? ¿Era quizá que se le guardaba resentimiento por su franca oposicion al Ministerio en la cuestion mejicana?

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el Conde de Reus no pudo permanecer indiferente y ocioso cuando se trataba de defender la honra y el esplendor de su pátria; y viendo que con él no se contaba, se presentó al Ministro de la Guerra solicitando un puesto cualquiera en el ejército expedicionario de Africa: no importaba que fuese inferior á su categoría; si no podia ir al frente de una division, mandaria una brigada, un regimiento, un batallon, una compañía: todo menos quedarse en España, cuando sus compañeros de armas iban á sacrificar por ella sangre y vida. El general O'Donnell no pudo desatender á quien de este modo solicitaba, y dió al Conde de Reus el mando de la division de reserva, que debia componerse de las fuerzas siguientes:

El batallon de cazadores de Vergara, uno del Príncipe, uno de Luchana y otro de Cuenca, formando un total de 2,900 infantes; siete escuadrones de los regimientos coraceros del Rey, Príncipe, Reina, Borbon, húsares de la Princesa, Santiago y Villaviciosa; un batallon del tercer regimiento de artillería de á pié, otro del 5.º, medio del 4.º y cuatro escuadrones del regimiento de artillería montaña, con 24 piezas; un batallon de ingenieros, y una seccion de Guardia civil. La division de reserva constaba, en suma, de 6,440 hombres y unos 1,200 caballos.

El ejército expedicionario de Africa, segun su primitiva organizacion, se componia de 40,000 hombres, 1,850 caballos y 74 piezas de artillería. Despues tuvo algun aumento de fuerzas, y como veremos en su lugar, las peripecias de la campaña convirtieron la reserva en vanguardia, y al general PRIM en jefe del segundo cuerpo.

Nombrado general en jefe del ejército expedicionario D. Leopoldo O'Donnell, se

presentó este en Palacio, acompañado de los demás ministros, el día 7 de Noviembre, y fué recibido en solemne audiencia por la Reina, á quien dirigió estas palabras:

“Señora: A consecuencia del nombramiento de general en jefe del Ejército de Africa, que V. M. se ha dignado hacer en mi favor, solo me resta recibir la orden de V. M. para partir á ponerme al frente del bravo ejército, que con tanta impaciencia aguarda la hora de castigar los ultrajes inferidos al pabellon español. Si la augusta Isabel I supo arrojar allende los mares á la gente mora, que por espacio de siete siglos hollaron nuestro pátrio suelo, otra Isabel, más feliz aun que la primera, verá bien pronto tremolar sus pendones en las propias almenas y castillos donde hoy se pertrechan todavía. Crea V. M. que el Ejército español, animado de ese santo patriotismo que es el don más preclaro que Dios se ha dignado conceder á sus hidalgos hijos, conquistará para vuestro trono nuevos triunfos y nuevos títulos á la admiracion del mundo. Dios no nos abandonará en esta nueva empresa contra los infieles, que con asombro de las naciones hostilizan constantemente nuestra civilizacion y poderío.”

Con acento varonil le contestó la Reina:

“Parte á la guerra, General, ¡y ojalá Dios, como no dudo, oiga los ruegos de todos los españoles! Nunca, como ahora, me ha pesado el sexo á que pertenezco. Si yo fuese hombre, General, tu rey te guiaria á la pelea, y compartiria con los soldados las fatigas y molestias consiguientes á una guerra, que tanta gloria debe dar á esta católica nacion. Mas sepan los valientes á quienes te cabe la distincion de mandar, añadió conmovida, que su Reina les acompaña con el corazón, y los bendice con todo el entusiasmo de su alma.”

A estas palabras acompañó la reina Isabel un rasgo, propio de su piedad: mandó á O'Donnell que se acercase al trono, y sacando de un estuche un collar con varias medallas, se lo puso al cuello, diciéndole:

—“Toma estas medallas: tienen fama de milagrosas.”

—“¡Gracias, Señora! exclamó el General, doblando la rodilla y besando la mano á la Reina. V. M. acaba de honrarme con una nueva distincion, de la que procuraré hacerme digno.”

Aquella misma tarde, á las siete, partió el General en jefe del ejército por el ferrocarril del Mediodía. Desde dos horas antes le aguardaba en la estacion y sus cercanías el pueblo de Madrid, que frenético de entusiasmo acudió á despedirle. Al sonar el silbido de la máquina, un grito atronador de *¡Viva España!* hizo retemblar el espacio.

## CAPÍTULO V.

### La guerra de África.

(Continuacion.)

---

SUMARIO.—Reconocimiento de las costas marroquíes.—Primeras operaciones de la campaña.—El general PRIM reúne sus fuerzas y pasa al Africa.—El *primer caminero de España*.—Combates dados durante el mes de Diciembre de 1859, y parte que toma en ellos el Conde de Reus.—Ataque de la escuadra española contra los fuertes de Rio Martin.

#### I.

¡Al Africa! ¡Al Africa!... Tal era el grito que por do quiera resonaba de uno á otro extremo de la Península española, cuando el general O'Donnell llegó á Cádiz, y embarcándose en el *Vulcano*, pasó á reconocer las costas de Marruecos, y tal vez á convencerse por sí mismo de la dificultad de intentar un golpe atrevido sobre Tánger. Con una gruesa marea y no sin peligro, cruzó el Estrecho y arribó á Ceuta: despues de recorrer todas las fortificaciones, cuarteles y hospitales de la plaza, salió al campo del moro, y estuvo examinando las alturas de Sierra Bullones, los bosques y derrumbaderos de aquel fragoso terreno, que en breve iba á ser teatro de las proezas de nuestras tropas.

De vuelta á Ceuta, el Conde de Lucena arengó sobre las murallas á la oficialidad y á los batallones de la vanguardia del ejército expedicionario, anunciándoles las rudas fatigas y las penalidades de la campaña próxima á empezar; y habiendo conferenciado con el general Echagüe, partió en seguida de regreso á Cádiz, marchando aquel á Algeciras.

Al anochecer del 18 de Octubre se hallaban ya embarcadas las tropas del primer cuerpo de ejército: la alegría de los soldados, al despedirse de su patria, solo era moderada por la impaciencia que sentian de pisar las playas africanas. En una ho-



ra se hizo la travesía del Estrecho desde Algeciras á Ceuta, y habiendo arribado felizmente aquellas tropas, acamparon en la plaza de armas durante la noche, aguardando á que amaneciera el día siguiente, día de la Reina, para inaugurar la campaña.

Todavía no rayaba el alba en el horizonte, cuando sonó el toque de diana. Poco despues, en medio de la oscuridad y guardando un silencio absoluto, se puso en marcha el cuerpo de ejército, formando la vanguardia los dos batallones del regimiento de Granada, y los de cazadores de Cataluña, Madrid y Alcántara, al mando del brigadier D. Ricardo Lassaussaye.

Rodeados de tinieblas y sin percibir por ninguna parte indicio alguno de alma viviente, ni más ruido que el del viento, que zumbaba entre los espesos jarales, los bosques y las quebradas rocas de aquellas revueltas y ásperas montañas, traspasaron nuestras tropas los límites de la tierra española, y dieron vista al *Serrallo*, vasto edificio ruinoso, cuyos negros muros se levantaban con sombrío y fatídico aspecto á tiro de fusil. Los pocos moros que guarnecían aquella especie de fortaleza prurumpieron en alaridos, cuando al primer albor del crepúsculo vieron los batallones que se desplegaban á tan corta distancia. Los más audaces intentaron defenderse rompiendo un nutrido fuego desde una de las torres del edificio; pero pronto fueron desalojados de todo él, y perseguidos en el campo, hasta obligarles á internarse en las fragosidades de la montaña.

Al salir el Sol, la bandera española flotaba sobre los muros del *Serrallo*, al mismo tiempo que la artillería de Ceuta parecía saludarla, haciendo la salva correspondiente á la festividad de aquel día.

Posesionadas nuestras tropas del fuerte, acamparon en sus inmediaciones, pasando la noche sin novedad: al día siguiente se hizo el reconocimiento de los montes comarcanos, en cuyas espesuras sonaban de vez en cuando algunos tiros de espingarda, que sin poderse averiguar de donde salían, nos causaron un muerto y varios heridos, y quedó designado el sitio donde había de construirse el principal de los reductos que debían constituir nuestra línea de fortificación frente á Sierra-Bullones.

Trazado el reducto de Isabel II, comenzaron los trabajos el día 21, sin que se presentase ningun moro á estorbarlos; pero el 22 apareció por cada lado un grupo de dos mil de ellos atacando con tanto ímpetu, que llegaron hasta los fosos. Había dos batallones de servicio protegiendo las obras, que ejecutaban con ardor cuatro

compañías de ingenieros y algunas brigadas de presidiarios: nuestros bravos soldados cargaron á la bayoneta sobre sus feroces enemigos, rechazando enérgicamente el ataque y forzándoles á retirarse con grandes pérdidas; pero no sin sufrir, en aquella encarnizada refriega, la de seis muertos y cincuenta heridos, entre estos un ayudante del general Gasset.

La campaña empezaba felizmente para el lustre de nuestras armas; pero un enemigo invisible, más cruel y mortífero que el moro, más incontrastable que aquel país inhospitalario y bravío, acababa de presentarse, como un incendio en la mies seca, entre las filas de nuestro ejército: el *cólera*, esa enfermedad terrible, que comenzó á cebarse en los soldados españoles desde que pisaron el africano suelo, tomó en breve tal incremento, que el día 23 hubo doscientos cincuenta atacados.

El 24 amaneció triste y sombrío: una densa nube cubria todo el cielo, y espesas nieblas rodaban sobre las montañas, impidiendo divisar los objetos á pocas varas de distancia. Por este motivo se hizo la descubierta con más detenimiento que de costumbre, y se cubrieron todas las avenidas del campamento con numerosos puestos avanzados, que formaban una doble cortina, para precaverse contra cualquier sorpresa del enemigo. Los hechos demostraron la oportunidad y la conveniencia de estas precauciones; pues serian las tres de la tarde cuando empezaron á salir los moros á centenares, arrastrándose como serpientes al través de los bosques y espesuras, y esquivando encontrarse con nuestros gruesos puestos avanzados, atacaron furiosamente á la compañía del primer batallon del Rey, que servia de vanguardia á las demás compañías del mismo. Rodeada de enemigos, encerrada en un círculo de fuego, que se estrechaba por momentos, aquella compañía se defendió con un valor sobrehumano, entablándose la lucha cuerpo á cuerpo y entrechocándose los aceros: las gumias y las bayonetas se cruzaban, y los tiros á quema-ropa se sucedian sin interrupcion. La serenidad y la bravura de aquellos soldados les salvó de un exterminio completo, dando tiempo á que acudieran las otras compañías de su batallon y el de cazadores de Barbastro, que equilibraron las condiciones del combate, y aun tomaron al enemigo algunas de sus posiciones.

Todas las fuerzas disponibles del primer cuerpo fueron acudiendo hácia el punto donde se concentraban los moros, y donde más empeñada era la lucha. En aquellos momentos estalló la tempestad que se habia ido condensando durante el dia, y empezó á diluviar de una manera espantosa. Cuando se despejó el cielo, el enemigo habia desaparecido.

Las pérdidas de nuestras tropas aquel día no fueron tan grandes como era de temer, atendido lo impetuoso del ataque; pues, según los partes, solo consistieron en ocho muertos y treinta y un heridos.

Al amanecer del 25 de Noviembre viéronse hormiguar los moros por encima de las sombrías crestas de Sierra-Bullones, apareciendo y ocultándose en las montañas y por el Boquete de Anguera, terrible desfiladero que da paso al territorio del mismo nombre. Aquel día se presentaron los enemigos en número mucho más considerable que los anteriores, demostrando en sus movimientos que no carecían de una dirección inteligente; lo cual despertó en los nuestros la sospecha de que había jefes ingleses en sus filas.

Serian las doce del día cuando los moros rompieron el fuego: habían rebasado nuestros reductos colocándose entre ellos y el campamento del Serrallo, y ocupando en grandes y numerosos grupos una extensión de tres kilómetros. La situación de nuestras tropas era sumamente comprometida: los reductos no podían hacer fuego sobre el enemigo por la circunstancia indicada, mientras aquel lo hacía á mansalva, parapetado en los bosques y en las quebraduras del terreno, que perfectamente conocía. Sus fuerzas crecían aceleradamente, y avanzaban con la intención de envolver nuestros flancos, al mismo tiempo que se proponían apoderarse de las improvisadas fortificaciones.

Cuatro compañías del batallón de Madrid, que se hallaban situadas en la falda izquierda de la montaña, hacía el Boquete de Anguera, se vieron en gran peligro de ser envueltas. En su apoyo corrió el batallón de cazadores de Alcántara, que al llegar al punto designado, fué acometido de frente y por los flancos por fuerzas cinco veces mayores que las suyas, que se hallaban ocultas y apostadas en la espesura del bosque; pero no se arredró aquel valiente batallón, y cargando impetuosamente á la bayoneta, rechazó por tres veces á los moros, que combatían con una ferocidad indecible.

Otros batallones fueron entrando sucesivamente en fuego, y la acción se extendió á toda la línea, observándose que los moros trataban de atacar de frente y por masas. Serian ya las tres de la tarde cuando el general Echagüe, viendo indeciso el combate, ordenó una carga general á la bayoneta, que dió por fin el triunfo á nuestras armas, después de una lucha encarnizada y terrible, en la que fué herido el mismo general y muerto su caballo.

Todos los batallones que tomaron parte en aquel rudo combate lucharon con

fuerzas por lo menos triplicadas y se cubrieron de gloria: vencieron, pero á costa de grandes y sensibles pérdidas, no bajando de ochenta y nueve los muertos en el campo y de trescientos cuarenta los heridos. Allí perecieron el primer jefe, un capitán y un teniente del batallón de Madrid, siendo herido el segundo comandante y tres oficiales del mismo. Del de Alcántara murió también un teniente, y fueron heridos dos capitanes y tres subtenientes. Durante la noche oíanse desde el campamento hondos y prolongados gemidos, que allá en el campo exhalaban los infelices heridos de una y otra parte que habían quedado abandonados.

A la mañana siguiente los cuervos se cernían sobre aquellas áridas montañas, atraídos sin duda por el olor de los cadáveres insepultos. El cólera entre tanto seguía en aumento, de modo que el primer cuerpo de ejército se hallaba reducido á siete mil hombres.

El general Echagüe tuvo que retirarse á Ceuta para curarse de su herida, quedando con este motivo encargado del mando el general D. Manuel Gasset.

Aunque nuestras valientes tropas no se desalentaban á pesar de los contratiempos que sufrían, bien era menester que llegasen de España pronto refuerzos; y estos no se hicieron esperar, desembarcando á los pocos días el segundo cuerpo de ejército y la división de reserva.

## II.

Al salir el Sol el día 27 de Noviembre, dice un testigo ocular de la guerra de África, una alegría grande, inmensa, irresistible se extendió por todo el campamento y se comunicó á jefes, oficiales y soldados con la rápida intensidad de la vibración eléctrica.

Una escuadra española avanzaba por el Estrecho con dirección á Ceuta, y en uno de sus buques flotaba la insignia que indicaba la presencia del general en jefe del ejército. Allí venía en efecto el general O'Donnell, con el segundo cuerpo.

En cuanto desembarcó el Conde de Lucena, se presentó entre los valientes que tan ansiosos le esperaban. La escena que ofreció entonces el campamento es indescriptible. Los soldados cantaban, reían locamente, se abrazaban entre sí, tiraban los roses al aire, y rodeando el general, le victoreaban sin permitirle apenas avan-